La Comédiathèque

Los Turistas

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Los Turistas

Jean-Pierre Martinez

Dos turistas llegan a la villa que han alquilado para pasar las vacaciones en un país del Magreb, donde los precios han bajado tras una reciente revolución.
Pero la casa ya está ocupada por otra pareja...

Personajes

Maurice
Delphine
Patrick
Brigitte

© La Comédiathèque

Acto 1

La terraza de una villa en algún lugar del norte de África. Una mesa de jardín, unas sillas, dos tumbonas y una barbacoa. Llegan agotados Maurice y Delphine, una pareja de parisinos acomodados, progresistas y un tanto esnobs. Maurice arrastra una maleta Vuitton con ruedas.

Delphine – ¡Ya era hora! ¿Veinte minutos desde el aeropuerto? ¡Y un cuerno!

Maurice – En helicóptero, quizá...

Delphine – ¡Desde luego, no en uno de esos camiones de ganado a los que aquí llaman autobuses! ¡Te dije que deberíamos haber cogido un taxi!

Maurice – Reconoce que ha tenido su encanto pintoresco...

Delphine – ¿Pintoresco? ¿Ir como sardinas en lata, entre toda esa gente, en un camión de ganado? Todavía me parece oler a cabra...

Maurice – Yo no huelo nada.

Delphine – Podrían haber avisado de que el autobús paraba en todas partes... ¡Dos horas para llegar!

Maurice deja la maleta y contempla el paisaje.

Maurice – ¡Hemos llegado, eso es lo principal! Y la vista es magnífica. ¡Mira!

Delphine mira a su vez y esboza una sonrisa, antes de fruncir el ceño de nuevo.

Delphine – ¿Dónde está el mar? En la página web decía que la terraza tenía vistas al mar.

Maurice busca desesperadamente, y finalmente encuentra.

Maurice – Ah, sí, allí...

Delphine – No veo nada... ¿Dónde?

Maurice – ¡Pero sí! Totalmente a la izquierda. Entre los dos camellos...

Delphine – Ah, sí... Inclinándome un poco, con buenos prismáticos...

Maurice *(con ternura)* – Vamos... Lo importante es que estamos aquí... Juntos... En nuestra segunda luna de miel...

Delphine *(ablandándose)* – Tienes razón... Diez años de casados. ¿Te lo puedes creer? Si pudieras volver a empezar, ¿lo harías?

Maurice – ¡Con los ojos cerrados!

Delphine – ¿Y con los ojos abiertos?

Maurice – Ya verás, estoy seguro de que aquí estaremos de maravilla... En cualquier caso, será más cómodo que la terminal de bajo coste del aeropuerto de Beauvais, cerca de París.

Delphine – Once horas de retraso... Y nos dieron unos bocadillos en mal estado. Es un atraco. Te provocan una intoxicación antes de despegar y, encima, en el avión te cobran hasta la bolsa para vomitar.

Maurice – Por lo menos ya estamos vacunados contra la diarrea del viajero...

Delphine – ¡Y pensar que tuvimos que meterlo todo en una sola maleta para no pagar otro equipaje!

Maurice – ¡Así viajamos más ligeros! Si no, seguro que habríamos metido un montón de cosas inútiles.

Delphine – Una mujer nunca lleva nada inútil en la maleta. Confundes lo inútil con lo superfluo, que es absolutamente imprescindible para la felicidad de cualquier mujer. Sobre todo en vacaciones.

Maurice – Y pasar el aniversario en las Seychelles, volando con Air France y alojándonos en un complejo turístico... Reconoce que es un poco tópico, ¿no?

Delphine – ¡Es donde pasamos nuestra primera luna de miel!

Maurice – ¡Precisamente! En aquella época las Seychelles todavía eran una aventura. Ahora están tan de moda que han perdido todo su encanto...

Delphine – Para celebrar nuestro aniversario de boda no me habría importado algo más convencional.

Maurice – Y aquí, por lo menos, apoyamos los movimientos de liberación del Magreb... ¿Has visto todos esos carteles electorales? ¿Ese viento de democracia que recorre el país?

Delphine – Sí, hombre... Irse de vacaciones a una villa con piscina para reactivar el turismo después de la revolución... Espero que no te creas el Che Guevara.

Maurice – Si todo el mundo apostara por unas vacaciones solidarias...

Delphine – ¿Y las Seychelles no son una democracia?

Maurice – Ni siquiera sé si realmente es un país...

Delphine – ¿Entonces a quién pertenecería?

Maurice – A una agencia de viajes, quizá.

Echan un vistazo a su alrededor.

Delphine – Bueno... ¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que llegue alguien?

Maurice – Está abierto, mira.

Delphine – Pensaba que el propietario nos estaría esperando en la terraza, vestido con el traje típico, sentado en una alfombra oriental y ofreciéndonos té a la menta... ¿Dónde ha ido a parar la legendaria hospitalidad de los países árabes? Ya te digo, las revoluciones también tienen sus inconvenientes. Se pierden las tradiciones...

Maurice – Por lo menos demuestra que aquí no hay problemas de seguridad. En París, si dejáramos la puerta abierta así... ¡No encontraríamos ni la puerta!

Delphine – Vamos a ver cómo es por dentro... Solo sueño con una cosa, tomar una ducha y cambiarme de ropa...

Maurice – Yo también.

Entran en la casa arrastrando la maleta. Inmediatamente después aparece en la terraza otra pareja de aspecto bastante más ordinario. Patrick lleva pantalones cortos y una camiseta publicitaria. Brigitte, con un pareo muy llamativo, luce un estilo sexy que roza lo vulgar. Patrick trae una sombrilla plegada y una radio; Brigitte, una nevera portátil.

Patrick – Menos mal que hemos traído la sombrilla y la nevera, porque junto a la piscina pega el sol de lo lindo... Me tomaría algo fresquito. ¿Tú no tienes sed, cariño?

Brigitte – ¡Me bebería el mar con todos sus peces! *(Se tumban y Brigitte abre la nevera que ha dejado a su lado.)* ¿Qué quieres, Patou?

Patrick – Una cervecita, que me va a sentar de maravilla...

Ella le pasa una lata y se sirve una Coca Light.

Brigitte – Es la última, habrá que comprar más.

Patrick – ¿Ya?

Brigitte – ¿Cuántas te has tomado desde esta mañana?

Patrick – Cuando a uno le gusta algo, no lleva la cuenta... ¿Crees que aquí venden cerveza?

Brigitte – Cerveza sin alcohol, quizá.

Patrick – No, ¿en serio?

Brigitte – Son musulmanes.

Patrick – Me pregunto si no hubiéramos hecho mejor en volver a la Costa Brava...

Brigitte – La Costa Brava... Se ha vuelto muy pija, ¿no?

Patrick – En todo caso, se ha vuelto muy cara.

Brigitte – ¿Tú crees?

Patrick – ¡Si ahora sale más caro que pasar las vacaciones en Francia!

Brigitte – Y lo peor fue la seguridad...

Patrick – El año pasado, nada más cruzar la frontera, nos forzaron el coche en una

gasolinera y nos robaron todas las maletas.

Brigitte – Sí... ¡Y con el calor que hacía! Yo había salido de La Courneuve con un pareo y tú con bermudas. Cuando llegamos allí, no teníamos nada más que ponernos.

Patrick – Lo que se dice quedarse en paños menores. ¡Y nunca mejor dicho!

Brigitte – Tuve que comprarme ropa nueva allí mismo, ¿te acuerdas?

Patrick – Nuestra cuenta bancaria, desde luego, no lo ha olvidado.

Brigitte – No, la Costa Brava ya no es lo que era.

Patrick – Y el trato, francamente, tampoco es siempre maravilloso, ¿no?

Brigitte – Como digo siempre: Cataluña sería estupenda si no fuera por los catalanes.

Patrick – Ahora que se les ha metido en la cabeza lo de la independencia, cuando vamos nos reciben como si fuéramos invasores.

Brigitte – Si tanto les molestamos, que nos lo digan. Ya nos iremos de vacaciones a otra parte.

Patrick – Es justo lo que estamos haciendo, ¿no?

Brigitte – Pues eso. ¡Que se fastidien los catalanes!

Patrick – Cuando España todavía era una dictadura, no teníamos estos problemas.

Brigitte – Espero que aquí, ahora que han echado al dictador, el país siga siendo habitable para los turistas.

Patrick – La democracia no siempre trae cosas buenas. ¡Mira lo que pasa en Francia!

Brigitte – Es cierto que hasta ahora, no era muy fan del Magreb, pero hay que reconocer que a este precio...

Patrick – Y aquí ni siquiera son árabes del todo, ¿no?

Brigitte – ¿Ah sí? ¿Y qué podrían ser?

Patrick – No sé... Beduinos, por ejemplo...

Brigitte – ¿Beduinos? *(Pausa.)* Pero ¿los beduinos no son árabes?

Patrick – No creo...

Beben un trago de sus latas, pensativos.

Brigitte – ¿Los beduinos no son los que viven en el desierto?

Patrick – No sé... ¿Por qué?

Brigitte – ¡Pero aquí no estamos en el desierto! Estamos junto al mar.

Patrick – Los beduinos... ¿Los que van en camello? ¿Esos no son más bien los tuaregs?

Brigitte – ¿Y los tuaregs tampoco son árabes?

Patrick – Vete a saber.

Brigitte – Pero son musulmanes, ¿no?

Patrick – ¿Quiénes?

Brigitte – ¡Los beduinos!

Patrick – Ah, pues sí... Creo...

Brigitte – Entonces, ¿estamos en el desierto o no estamos en el desierto?

Patrick – Estamos en el desierto, pero junto al mar. Mira, ¡hay un camello en la playa!

Brigitte *(bostezando)* – Todavía no me recupero del viaje.

Patrick – Solo llevamos una hora aquí.

Brigitte – Será el desfase horario.

Patrick – ¿Desfase horario? ¡Solo hay una hora de diferencia, cariño! ¡Y eso en verano!

Brigitte – Pues cuando una no está acostumbrada...

Patrick – Mira que ya es mediodía y todavía no tengo ni hambre... En fin, voy a echarme una siestecita. ¿Tú qué dices?

Brigitte – ¡Faltaría más! ¡Estamos de vacaciones!

Empiezan a adormecerse. Maurice y Delphine regresan a la terraza y al principio no se fijan en Patrick y Brigitte, que duermen en las tumbonas.

Maurice – Entonces, ¿qué te parece? ¿No está mal, verdad?

Delphine – Un poco rústico, pero servirá.

Maurice – Si piensas que esta gente apenas se está recuperando de una dictadura de medio siglo...

Delphine – ¿Por qué medio siglo? ¿Esto era una democracia hace cincuenta años?

Maurice – Una monarquía, creo... ¿No?

Delphine – ¿Y quién es ese candidato para estas primeras elecciones democráticas?

Maurice – ¿Qué candidato?

Delphine – ¿Porque hay varios?

Maurice – Sí, claro...

Delphine – No sé... ¡El que vemos por todas partes en los carteles!

Maurice – Ah, el favorito... Es el exministro de justicia...

Delphine – ¿El ministro de justicia del dictador que acaban de derrocar?

Maurice – Eso he leído en la prensa, sí...

Delphine – ¿Y eso no te sorprendió?

Maurice – ¿Qué?

Delphine – ¡Que los dictadores también tengan un ministerio de justicia!

Maurice – Tienes razón... En realidad, esta pobre gente nunca ha conocido la democracia. Evidentemente, les llevará un tiempo...

Delphine – Claro. La democracia francesa es como un buen vino: mejora con los años. Pero hace falta cultura para apreciarla.

Maurice – Sí. Hay que tener el paladar educado.

Delphine – Y también el olfato. ¿Seguro que no huelo un poco a cabra?

Maurice – No más de lo habitual...

Ella lo mira, sin saber muy bien si está bromeando.

Delphine – ¡Y qué calor hace! Tenías razón, Maurice: apoyar la revolución sin aire acondicionado empieza a ser un acto de heroísmo.

Maurice – Por cierto, ¿has visto? ¡Hasta nos han dejado bebidas frías en la nevera! Y tú que dudabas de su hospitalidad...

Patrick emite entonces un ronquido. Maurice y Delphine, sorprendidos, finalmente ven a la otra pareja, todavía dormida en las tumbonas.

Delphine – ¿Qué es esto?

Maurice – Deben de ser los propietarios...

Delphine – No tienen mucha pinta de árabes.

Maurice – A lo mejor son cabilios...

Delphine – Más bien parecen un par de idiotas.

Maurice – ¿Hablan francés?

Patrick y Brigitte se despiertan a medias y miran a los recién llegados con los ojos muy abiertos.

Delphine – Do you speak English?

Patrick y Brigitte terminan de despertarse.

Patrick – Estábamos echando una cabezadita... ¿Sois los jefes?

Delphine – ¿Los jefes?

Maurice – Quiere decir los propietarios.

Delphine – Sí, gracias. He visto suficientes películas de Michel Audiard para conocer esa jerga. Lo que no sabía es que la gente todavía hablase así. *(A Patrick.)* Y usted, buen hombre, ¿qué hace aquí si no es el dueño? ¿Ha venido a cortar el césped?

Patrick – ¡Pues aquí vivimos!

Brigitte – Bueno, durante las vacaciones...

Maurice – ¿Cómo que aquí vivís? ¡Si la villa la hemos alquilado nosotros!

Patrick – Ah, nosotros también, os lo aseguro.

Maurice – Ya entiendo... Vosotros sois los inquilinos anteriores. Os marcháis hoy, ¿verdad?

Brigitte – ¡Qué va! ¡Acabamos de llegar!

Patrick – Estamos aquí para una semana. ¿Y vosotros?

Maurice – Nosotros también...

Delphine – Pero, vamos, esto no es posible, Maurice, haz algo…

Maurice – Tiene que haber un malentendido. Cuando llegue el dueño, lo aclarará. ¿Lo habéis visto?

Patrick – Pues no. ¿Y vosotros?

Maurice – Aún no.

Brigitte – Llegamos hace una hora en taxi.

Delphine – ¡Lo ves! ¡Si hubiéramos cogido un taxi, habríamos llegado antes!

Patrick – Como la puerta estaba abierta, entramos.

Brigitte – Todavía ni hemos deshecho las maletas.

Delphine – ¡Pues mejor! ¡Así os marcharéis más deprisa!

Patrick – Solo nos dio tiempo a bañarnos desnudos en la piscina.

Brigitte – No esperábamos tener compañía...

Delphine *(refiriéndose a Patrick)* – Me suena su cara...

Maurice *(incómodo)* – A mí también. Los habremos visto en el avión.

Delphine – A lo mejor son unos okupas...

Maurice – Bueno, intentaré llamar al propietario. *(Saca su móvil ante las miradas de los demás.)* No tengo cobertura...

Patrick – Debe de ser eso que llaman el teléfono árabe.

Brigitte – Bueno, el propietario aparecerá tarde o temprano.

Patrick – No se ha muerto nadie, vamos.

Brigitte – ¡La casa es grande! *(A Patrick.)* ¿Ves? Tú que temías aburrirte a solas conmigo... Ahora tienes un amigo.

Patrick – Normalmente venimos con amigos, pero esta vez no podían...

Brigitte – Los dos murieron en un accidente de coche hace dos meses...

Patrick – Nos dejó hechos polvo, claro.

Brigitte – ¡Con todos los años que llevábamos pasando juntos las vacaciones!

Patrick – Tenían un apartamento en la Costa Brava.

Brigitte – Nos invitaban todos los años en agosto.

Patrick – Así que tuvimos que buscar otra cosa a toda prisa.

Brigitte – ¡Y en pleno mes de agosto, imaginaos!

Patrick – Al final nos decidimos por el Magreb.

Brigitte – Como estaba de oferta...

Patrick – Total, será más o menos como la Costa Brava, ¿no?

Brigitte – En vez de zampar paella, zamparemos cuscús. Y tan contentos.

Patrick – Cambias el arroz por sémola y viene a ser lo mismo, ¿no? ¡Y cuantos más burros seamos, más nos reímos!

Brigitte – A nosotros no nos molesta la compañía. ¿Verdad, Patou?

Maurice y Delphine parecen aturdidos por aquel torrente de palabras.

Delphine *(aparte a Maurice)* – ¿Y si avisamos a la policía? Estos dos no me dan buena espina...

Patrick – ¿Y si tomamos el aperitivo mientras esperamos? Cariño, ¿traes las aceitunas?

Brigitte – Ahora mismo, cariño.

Brigitte entra en la villa.

Patrick – Se me ha acabado la cerveza. ¿Os apetece un pastis?

Delphine – ¿Un qué?

Maurice – Un pastis. Un licor de anís.

Patrick – Con este calor, nada como un pastis bien fresquito... Tengo también jarabe de menta. ¿Un «perroquet» para la señora?

Delphine *(aparte a Maurice)* – Esto es una pesadilla... ¡No entiendo ni la mitad de lo que dice!

Patrick sirve los aperitivos. Brigitte vuelve con las aceitunas.

Brigitte – ¡Aquí tenéis algo para picar!

Patrick – ¡Y aquí algo para brindar! *(Levanta el vaso.)* ¡A vuestra salud!

Brigitte – Vamos, probad las aceitunas...

Patrick – ¿Ya conocéis este país?

Delphine – ¿Cómo han podido alquilar dos veces la misma villa?

Maurice – Pues eso…

Delphine – ¿Tenéis el contrato de alquiler?

Patrick – Sí, claro, aquí está... *(Le entrega a Delphine el contrato de alquiler.)* Señor y señora Martin. ¡Lo pone aquí!

Delphine – ¡Señor y señora Martin!

Patrick – Pero podéis llamarme Patrick.

Brigitte – Y yo soy Brigitte.

Maurice – Tenemos el mismo apellido...

Patrick – ¿El mismo qué?

Delphine – ¡Nosotros también nos apellidamos Martin! Será por esa homonimia...

Brigitte – ¿Ah, sí?

Patrick – ¡Qué casualidad!

Brigitte – Ya sabéis lo que dicen: ¡No hay un solo burro que se llame Martin!

Patrick – Eso me decía siempre el profesor del colegio. Había dos Martin en clase, pero el otro era un pelota de cuidado. El típico empollón, con las mejores notas... No serías tú, ¿verdad? Te pareces un poco.

Maurice – No, no lo creo...

Patrick – Oye, cariño, ¿no se parece un poco a Momo? ¡Tú conociste a Momo!

Brigitte – No...

Patrick – ¡Que sí, mujer! ¡Mohamed!

Brigitte – ¡Ah, sí! Mohamed Martin.

Patrick – Prefería que lo llamáramos Momo, porque le daba vergüenza su nombre.

Brigitte – Había pasado por un centro de acogida, ¿sabéis? Lo adoptaron con tres años y sus padres le conservaron el nombre de nacimiento.

Patrick – ¡Momo y yo íbamos juntos al colegio Gagarine, en La Courneuve!

Brigitte – Fue allí donde nos conocimos, ¿verdad, Patou?

Patrick – ¡Gagarine! El profesor siempre me decía: «El día que pongan a los idiotas en órbita, tú no dejarás de dar vueltas».

Delphine – Eso es de una película de Michel Audiard.

Brigitte – Tiene razón, Delphine. Seguro que todo ha sido por esa homofobia...

Delphine – ¿Cómo dice?

Brigitte *(a Maurice)* – Habrán creído que usted y mi marido eran un único matrimonio...

Patrick – Pues sí. Llevamos el mismo apellido. ¡Quién sabe si seremos primos!

Brigitte – Mirad, la casa es grande y casi somos de la familia. ¿Por qué no pasamos juntos las vacaciones?

Delphine – ¿Juntos?

Patrick – ¡Compartimos el alquiler!

Brigitte – Y para la comida hacemos un bote.

Patrick – Como hacíamos con nuestros amigos.

Maurice – ¿Vuestros amigos?

Brigitte – ¡Los que se murieron! ¡Los dos difuntos!

Patrick – ¿Qué os parece?

Brigitte – Si ya cuesta tan poco... ¡Y dividido entre dos parejas!

Patrick – A este precio sale más barato venir aquí que quedarse en casa viendo la tele.

Brigitte – ¡Y con lo mala que está la tele!

Delphine *(a Maurice, irónica)* – Ahí lo tienes. Tú querías ahorrar y lo has conseguido... Pero di algo, hombre.

Maurice – Por el momento, no veo muchas alternativas...

Delphine – Gracias. Era justo lo que esperaba que dijeras... Pero ¿no habrá hoteles por aquí?

Patrick – Uff, por aquí no hay gran cosa. Lo que vimos desde el taxi era todo monte... Bueno, más bien desierto.

Brigitte – Salvo alguna tienda de beduinos...

Patrick – Y la señora, ¿cómo se llama?

Maurice – Martin, ya lo he dicho. Es mi mujer. ¡Los dos nos apellidamos Martin!

Delphine *(aparte a Maurice)* – No puede ser que sean tan cortitos...

Patrick – Me refiero al nombre de pila. No al... apellido.

Delphine – Delphine. Me llamo Delphine.

Patrick – Vale... Y él se llama Maurice. ¡Mira qué gracia! Maurice... ¡Momo! Como mi compañero del colegio. Aunque él no se llamaba Maurice, claro.

Brigitte – ¿Os sirvo otra copa?

Maurice – No, gracias, ya está bien.

Patrick – Y tú, Momo, ¿a qué te dedicas?

Maurice – Bueno... soy periodista.

Patrick – ¿En Le Parisien? ¿En L'Équipe?

Maurice – En Golf Magazine International.

Patrick – Ah, vale. ¡Todo un reportero! *(A Delphine.)* ¿Y la señora?

Delphine – Soy pintora.

Brigitte – ¿Pintora? Pues no es una profesión muy habitual para una mujer.

Patrick *(a Brigitte)* – Tú que querías volver a pintar la cocina, cariño, pídele presupuesto.

Delphine – No, yo... No me dedico a pintar cocinas.

Brigitte – ¿Ah, no? ¿Y qué pintas entonces?

Delphine – Vacas, sobre todo.

Brigitte – ¿Vacas?

Delphine – También terneros, a veces.

Maurice – Mi mujer es una artista. Pinta cuadros.

Delphine – Me especializo en pintar animales.

Patrick – Ah, o sea, que te has especializado en los bovinos.

Brigitte – Vaya, qué mala suerte, porque por aquí, aparte de camellos...

Delphine – ¡Estamos de vacaciones!

Brigitte – ¡Qué curioso! Nunca había conocido a una artista. ¿Podrías hacerme un retrato?

Patrick – La señora acaba de decirte que solo pinta vacas...

Delphine – ¿Y usted, Patrick?

Patrick – Soy representante de productos congelados.

Delphine – Ah, de ahí la camiseta, supongo.

Maurice – Y usted, Brigitte, ¿a qué se dedica?

Brigitte – ¿Yo? Ahora mismo trabajo en un salón de masajes.

Maurice *(interesado)* – ¿Una clínica de masajes?

Patrick – Cariño, ya te he dicho que el término correcto es «fisioterapeuta»...

Brigitte – «Salón de masajes» es más fácil de decir, ¿no?

Patrick – Mi mujer es secretaria médica.

Brigitte – Seguro que tenemos un montón de cosas en común.

Delphine – Aparte del apellido, quiere decir...

Patrick – Bueno, cariño, ¿preparas la cena? Se me está abriendo el apetito...

Brigitte – ¿Vais a cenar con nosotros?

Maurice – No sé si...

Delphine – Esto se resolverá enseguida... No vamos a empezar a acostumbrarnos a vivir juntos.

Brigitte – No os preocupéis, yo me encargo de fregar los primeros platos.

Delphine – De verdad, es muy amable, pero buscaremos un restaurante por aquí...

Maurice – Hoy celebramos nuestro aniversario de boda...

Patrick – Ah, pues siendo vuestro aniversario, no vamos a hacer de carabina, ¿verdad, cariño?

Salen.

Delphine – ¿Era necesario decirles que hoy es nuestro aniversario?

Maurice – Ha sido la única excusa que se me ha ocurrido para rechazar la invitación...

Delphine – Te lo juro... ¡Tendríamos que habernos ido a las Seychelles! A preparar la próxima revolución...

Maurice intenta llamar por teléfono.

Maurice – Sigue sin haber cobertura...

Delphine – Dime que esto es una pesadilla y que voy a despertarme...

Maurice – Hay que ver el lado bueno...

Delphine – ¿Ah, sí? ¿Y cuál es el lado bueno?

Maurice – Si no, nunca habríamos pasado la velada con gente de La Courneuve...

Delphine – Habíamos venido a conocer a los habitantes de aquí, no a los de los suburbios de París. ¿Cómo sabes que son de La Courneuve?

Maurice – No sé, es una suposición.

Delphine – En fin, ¿qué hacemos?

Maurice – Aparte de esperar...

Delphine – Me niego a pasar una noche en esta casa con esos dos imbéciles. ¿Sabes cuál es tu problema, Maurice? ¡Eres un calzonazos!

Maurice – ¿Tienes alguna idea mejor?

Delphine – ¡Qué sé yo! ¡Mira en la maleta a ver si tenemos el teléfono de la agencia de París!

Maurice trae la maleta y trata de abrirla con la llave.

Maurice – No consigo abrirla.

Delphine – A ver, déjame...

Ella también lo intenta, sin éxito.

Maurice – Esta llave no encaja.

Delphine *(horrorizada)* – ¡La llave es la correcta... pero la maleta no!

Maurice – ¿Cómo? ¡Pero si es nuestra Vuitton!

Delphine – ¡Esta es auténtica!

Maurice – ¿La nuestra era falsa?

Delphine – ¡Debimos de coger otra maleta en la cinta de equipajes del aeropuerto!

Maurice – ¿Cómo pudimos equivocarnos?

Delphine – ¡La cogiste tú! Yo no podía con el peso. ¿No notaste que era distinta?

Maurice – ¡No sabía que la nuestra era falsa!

Delphine – Además, le até una cinta roja al asa para reconocerla.

Maurice – ¡Todo el mundo ata una cinta roja a la maleta para reconocerla!

Delphine – ¡Ahora no tenemos nada!

Maurice – ¿Nada de nada?

Delphine – Solo esta ropa sucia que llevamos puesta...

Maurice – Por lo menos conservamos los pasaportes, las tarjetas Visa y los cheques de viaje... *(Ve la expresión de ella.)* ¿No?

Delphine – Después de pasar la aduana, metí la cartera con los documentos en el bolsillo exterior de la maleta...

Maurice – ¿Estás de broma?

Delphine – Me dijiste que aquí no había problemas de seguridad gracias a cincuenta años de dictadura. ¡Que se podían dejar las puertas abiertas!

Maurice – ¿Y?

Delphine – ¡Pues en el bolsillo exterior de esta maleta no están nuestros papeles!

Maurice – Eso quiere decir que recogí la maleta correcta de la alfombra voladora...

Delphine – ¿La alfombra voladora?

Maurice – Bueno, de la cinta transportadora. Y que el cambio se produjo después, en la terminal, cuando te dejé sola con el equipaje mientras buscaba un taxi...

Delphine – ¡Y ahora va a resultar que es culpa mía!

Maurice – Dime la verdad, Delphine. ¿Dejaste la maleta sin vigilar, aunque solo fuera un momento?

Delphine – ¡No, te lo juro! Bueno... Tuve que ir al baño... Era urgente... Y no iba a meter la maleta en el cubículo...

Maurice – Ah, ya...

Patrick y Brigitte vuelven para poner la mesa, con dos latas de comida encima de sendos platos y una botella de vino.

Patrick – ¡Vaya caras! ¿Qué os pasa?

Maurice – Esta no es nuestra maleta.

Delphine – Nos han robado la nuestra.

Brigitte – Qué raro. Nos habían dicho que aquí no había problemas de seguridad.

Delphine – Con todos nuestros cheques de viajero dentro...

Brigitte – ¿Cheques de viaje...?

Patrick – ¿Eso todavía existe?

Delphine – No nos queda ni un céntimo...

Maurice – Ni para comer tenemos...

Brigitte – Pues ahora no os queda otra.

Delphine – ¿Otra?

Patrick – Pues ahora no os queda más remedio que cenar con nosotros. ¡Tenemos cuscús! Cariño, pon dos platos más.

Brigitte sale a buscar otros dos cubiertos.

Delphine – ¿Y eso qué es?

Patrick – Cuscús.

Maurice – ¿En lata?

Brigitte vuelve con dos platos y otras dos latas.

Brigitte – Nos han recomendado que evitemos los productos frescos de aquí...

Patrick – Por la diarrea del viajero, ya sabes...

Brigitte – Nuestro médico nos lo advirtió antes de irnos... Solo conservas...

Maurice – Cuscús en lata... ¡Lo que hay que ver!

Patrick – En lata, sí, pero de fabricación local...

Delphine – ¿Aquí venden cuscús en conserva? ¡Pues sí que ha llegado la revolución!

Brigitte – Bueno, no exactamente aquí...

Patrick – Por lo menos para exportar.

Brigitte – Lo compramos en Auchan, en La Courneuve, antes de venir...

Delphine – ¿Ves, Maurice? Tenías razón. Son de La Courneuve.

Patrick – Y ojo... ¡Es cuscús de comercio justo!

Maurice y Delphine se quedan estupefactos.

Brigitte – Creo que lo fabrican precisamente en este país.

Patrick – Lo pone en la lata. Preparado por mujeres de una conservera que respeta los derechos humanos.

Delphine – Vuestra manera de apoyar la Primavera Árabe...

Patrick *(a Maurice)* – Oye, tengo la impresión de conocerte de algo...

Delphine – Y mientras tanto no tenemos ropa para cambiarnos.

Patrick – ¡Ni siquiera un bañador para la piscina!

Brigitte – Te puedo prestar uno, si quieres. Aunque no sé si tengo otro... Trajimos poca ropa, porque nos llevamos toda la comida para la semana...

Delphine – Fantástico... Un bañador para dos. Nos meteremos en la piscina por turnos... *(A Maurice.)* O nos bañamos todos desnudos con nuestros nuevos amigos. ¿Qué te parece?

Brigitte – Si quieres, te presto un vestido.

Delphine – Dudo que tengamos la misma talla... Intentaremos abrir la otra maleta. Tal vez haya algo que podamos ponernos.

Brigitte – Pues os esperamos para comer el cuscús.

Oscuro.

Acto 2

Maurice y Delphine regresan vestidos a la oriental: él con chilaba y babuchas; ella, con un traje de bailarina del vientre. Patrick y Brigitte los miran boquiabiertos.

Brigitte – ¡Eh! ¡Que nadie dijo que fuera una fiesta de disfraces!

Patrick – En los clubes de vacaciones los disfraces los ponen los animadores. Aquí no nos habíamos preparado...

Delphine – No conseguimos abrir la maleta, pero encontramos esto en un armario...

Patrick – ¿Y decís que habéis perdido los pasaportes? Así vestidos, no os van a dejar volver a Francia.

Brigitte – ¡Pero si os queda muy bien!

Patrick – ¿Y si nos bailas una danza del vientre después de cenar, Delphine?

Delphine *(molesta)* – Sí, hombre. ¡Ni en sueños!

Brigitte – ¿Os sirvo?

Brigitte sirve la comida poniendo una lata de cuscús en cada plato.

Delphine – Por lo menos las raciones son iguales para todos...

Maurice – No tiene tan mala pinta...

Brigitte – El hambre es la mejor salsa, que decía mi madre.

Empiezan a comer.

Patrick – ¿Un poco de tintorro?

Delphine lo mira sin entender.

Maurice – Te está ofreciendo vino.

Delphine – Deberías haberte hecho intérprete para la gente de La Courneuve, en lugar de jugar a ser un gran reportero en una revista de golf...

Patrick – Oye, Momo, con tu trabajo viajarás un montón, ¿no?

Maurice – Bueno, un campo de golf se parece muchísimo al siguiente. A veces lo único que cambia es el número de hoyos...

Brigitte – ¡Qué curioso! ¿Y cómo se te ocurre trabajar de periodista en una revista de golf?

Patrick – ¿Te apasiona el golf?

Maurice – El padre de Delphine es el director de la revista.

Patrick – Ah, ya veo...

Delphine – ¿Y a ti te interesa el golf?

Brigitte – A Patrick le gusta más el fútbol. ¿Verdad, cariño?

Delphine – Supongo que tampoco te apasiona la pintura de animales. *(Aparte a Maurice.)* Como sigamos así, no llegaremos vivos al postre...

Patrick sirve más vino.

Brigitte – Es increíble lo de las maletas...

Patrick – La verdad es que, si me cambiaran la mía por otra, no sé si saldría perdiendo...

Brigitte – ¿Y qué hay dentro de la que os habéis encontrado?

Maurice – Ya os lo he dicho, no hemos conseguido abrirla.

Patrick – Luego lo miramos.

Brigitte *(animada)* – ¡Ninguna cerradura se le resiste a Patrick! ¿Verdad, cariño?

Patrick – Se ríe porque nos conocimos en una fiesta de solteros...

Delphine – Creía que os conocíais desde el colegio.

Patrick – Nos conocíamos, pero todavía no salíamos juntos. Eso vino después...

Brigitte – Las chicas llevábamos un candado, ya sabéis a qué me refiero...

Patrick – Y los chicos llevaban llaves. Se trataba de encontrar la cerradura que encajara.

Brigitte – Patrick no tenía la llave adecuada, pero consiguió abrir mi candado. Es un manitas, ¿sabéis?

Maurice parece algo incómodo. Delphine prefiere seguir con su idea.

Delphine – Aun así, no sé si está bien curiosear en una maleta ajena...

Brigitte – Bueno, vamos a pasar al postre entonces.

Brigitte se levanta.

Brigitte – No, no, seguid sentados... Cariño, ¿me ayudas a recoger?

Patrick y Brigitte salen.

Delphine – ¿Y si han sido ellos?

Maurice – ¿Cómo?

Delphine – ¡La maleta! ¡Y si fueron ellos quienes nos robaron la nuestra!

Maurice – Si nuestra maleta Vuitton no tenía nada de valor... ¡Y encima era falsa! ¿Para qué iban a cambiárnosla por una de verdad?

Delphine – ¡Yo qué sé! ¡Para gastarnos una broma!

Maurice – ¿De verdad los crees capaces de una broma tan elaborada?

Delphine – Voy a comprobar discretamente si la nuestra está en su habitación.

Maurice – No sé si es buena idea...

Patrick y Brigitte regresan y se cruzan con Delphine cuando esta se dispone a salir.

Brigitte – ¿Adónde vas? ¡Vamos a tomar los dulces!

Delphine – Voy a... refrescarme un poco.

Patrick se ríe al ver otra vez los disfraces orientales.

Patrick – ¡Salam aleikum, hermano Momo! Dicen que los árabes tienen problemas para integrarse en nuestro país, pero ¡vosotros os integráis de maravilla! Si no os dejan regresar a Francia, aprended la lengua de aquí y pedid asilo político...

Maurice procura mantener la compostura. Delphine sale.

Brigitte – Déjalo en paz.

Patrick – ¡Habrá que reírse un poco, que estamos de vacaciones! Pero es que... se parece muchísimo a Momo.

Brigitte – Mohamed Martin...

Patrick – En el colegio se reían todos de él...

Brigitte – Sobre todo cuando tartamudeaba.

Patrick – Maurice, ¿seguro que nunca has vivido en La Courneuve?

Maurice *(tartamudeando)* – N-no, yo... Yo no creo... Es que... Yo me llamo Mau... Me llamo Mau... ¡Me llamo Maurice, os lo aseguro!

Patrick – ¿Momo? ¿Eres tú?

Brigitte – No puede ser... Mohamed Martin... ¡Sí, es él!

Maurice – Bueno... Es que mi mujer no lo sabe... Nos conocimos en Sciences Po, en París... Yo estudié en el instituto Karl Marx de La Courneuve, me dieron una beca y...

Patrick – Y ahora te haces llamar Maurice...

Maurice – Me cambié el nombre legalmente. Pero prefiero que esto quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

Brigitte – Muy bien... Maurice...

Delphine regresa.

Delphine – Ya estoy aquí...

Brigitte – Cariño, ¿me ayudas a recoger? Voy a preparar té a la menta...

Patrick y Brigitte salen, intercambiando miradas cómplices.

Maurice – Bueno...

Delphine – No tienen nuestra maleta en la habitación. Tienen dos: una llena de ropa y otra de latas de cuscús.

Maurice – Pues no estaba mal... para ser cuscús en lata.

Delphine – Es muy sospechoso, ¿no?

Maurice – ¿El qué?

Delphine – Una maleta entera llena de latas de cuscús... ¿Y si fueran traficantes?

Maurice – ¿Traficantes de cuscús en lata?

Delphine – ¿Y si las latas contienen otra cosa?

Maurice – ¿El qué?

Delphine – No sé... droga...

Maurice – ¿Quién sería tan idiota como para entrar en un país del Magreb con droga escondida en latas de cuscús de comercio justo?

Los dos miran a la vez hacia Patrick y Brigitte, que acaban de regresar.

Patrick – ¡Ya está fregado!

Delphine – Es la ventaja de las conservas. Se friega en un momento.

Brigitte – Sobre todo si comes directamente de la lata.

Patrick – Pero eso no resuelve lo de vuestra maleta.

Maurice – Por ahora no sé qué podemos hacer...

Delphine – Seguro que quien se llevó nuestra maleta se pondrá en contacto con nosotros cuando descubra el error...

Patrick – ¿Llevaba una dirección vuestra maleta?

Maurice – Sí, la de nuestra casa en Francia.

Delphine – En París. En el distrito dieciséis.

Brigitte – No os servirá de mucho si alguien la envía a Francia...

Patrick – ¿Y en esta no pone ninguna dirección ni un teléfono?

Maurice trae la maleta.

Maurice – No...

Delphine – ¿Ni dentro?

Maurice – No tenemos la llave.

Patrick – Esto lo arreglo yo. *(Le guiña un ojo a Maurice.)* ¿Eh, Alí Babá? *(Fuerza la cerradura con un tenedor.)* ¡Ábrete, Sésamo! ¡Y ya está!

Al final la maleta se abre. Los cuatro se quedan pasmados.

Maurice – ¿Qué es eso?

Patrick – Parecen billetes...

Brigitte – ¡Y vosotros preocupados por el dinero de las vacaciones!

Delphine – Desde luego, euros no son.

Maurice – Ni la moneda de este país...

Patrick – Menudas letras más raras...

Delphine – Parecen cirílicas.

Patrick – ¿El qué?

Maurice – Deben de ser rublos...

Delphine – ¡Dios mío!

Brigitte – ¿Quién viaja al Magreb con una maleta llena de rublos?

Delphine – La mafia rusa.

Maurice – Debe de ser dinero sucio.

Patrick – Por eso han cambiado las maletas...

Delphine – ¿Cómo?

Patrick – Lo vi en una película. ¡Os han utilizado como mulas!

Delphine – ¿M-mulas?

Brigitte – ¡Ya lo decía yo! ¡No hay un solo burro que se llame Martin!

Patrick – ¡Para pasar la aduana!

Maurice – ¿Tú crees?

Delphine – ¿Y ahora qué hacemos? Tenemos que deshacernos del dinero.

Patrick – El problema es que esa gente querrá recuperar su pasta. Y no suelen tener sentido del humor...

Delphine cierra la maleta de golpe.

Delphine – Tenéis razón. Mejor hacemos como si no la hubiéramos abierto nunca.

Maurice – ¿Y si el que nos alquiló la casa está metido en el asunto?

Patrick – Ya es raro que todavía no hayamos visto al propietario...

Delphine – ¿Y si pertenece a un grupo terrorista islamista?

Patrick – ¿Y qué iban a hacer unos islamistas con una maleta llena de rublos?

Delphine – Quizá los financien los chechenos. Ellos también son musulmanes...

Brigitte – ¡Joder! Si llego a saber que aquí hay chechenos, no vengo. ¡Tú dijiste que solo había beduinos!

Patrick – Tranquila, cariño, es solo una posibilidad. *(A Delphine.)* ¿De verdad cree que podrían venir esta noche a degollarnos como a corderos?

Brigitte *(llorando)* – Y pensar que veníamos a pasar unas vacaciones tranquilas... Tenías razón, Patou, tendríamos que haber vuelto a la Costa Brava.

Silencio.

Delphine *(a Maurice)* – ¿Y quién nos dice que no son ellos?

Brigitte – ¿Nosotros?

Delphine – Llegamos y ya están aquí. ¡Y qué casualidad, también se apellidan Martin! ¡Ni siquiera los conocemos! ¡A lo mejor tienen que recuperar la maleta! ¡Podrían degollarnos esta noche!

Maurice – Pero son compatriotas...

Delphine – ¡Pero si viven en el 93, en las afueras de París! ¡Por allí está lleno de mezquitas!

Maurice – ¿Has ido alguna vez por esa zona?

Delphine – Lo vi en un reportaje de la tele...

Patrick – Eh, señora, ¡tranquilícese un poco!

Brigitte – ¡Os invitamos a cenar cuscús y nos llamáis islamistas!

Patrick – ¡Vosotros nos habéis metido en este lío!

Brigitte – ¡Nosotros no hemos pedido nada!

Patrick – Venís a nuestra villa con aires de superioridad...

Brigitte – ¡Y ahora se monta aquí la guerra del Golfo!

Delphine – ¿Vuestra villa? ¡Si la villa es nuestra! ¿Verdad, Maurice? ¡Di algo!

Maurice – Bueno... No es momento de pelearse. Tenemos que mantenernos unidos...

Patrick – Pues yo digo que os apañéis solitos. ¡A vosotros os han encasquetado la maleta! Nosotros no tenemos nada que ver. Me voy a dormir. ¿Vienes, cariño? ¡Faltaría más!

Patrick y Brigitte se van. Maurice y Delphine quedan desconcertados.

Delphine – Creo que será mejor hacer turnos de guardia esta noche...

Oscuro.

Acto 3

Maurice y Delphine, que han pasado la noche en la terraza, se despiertan al oír la llamada del muecín a la oración.

Delphine – ¿Seguimos vivos?

Maurice – Eso parece.

Delphine – ¿Y la maleta sigue ahí?

Maurice – Sí...

Vuelve a oírse la llamada del muecín.

Delphine – ¿Qué es ese ruido?

Maurice – La llamada a la oración...

Pausa.

Delphine – Y si esto fuera un regalo del cielo...

Maurice – ¿Cómo?

Delphine – Si nadie reclama el dinero en un año y un día, será como si nos hubiera tocado la lotería.

Pausa.

Maurice – ¿A cuánto estará el rublo...?

Delphine – No sé, pero una maleta llena debe de valer lo suficiente para vivir una buena temporada...

Maurice – Pero habría que poder sacar todos esos rublos y llevarlos de vuelta a Francia...

Delphine – Podríamos esconderlos en las latas de cuscús vacías...

Maurice recoge una lata vacía del suelo y la examina.

Maurice – Mira, la fecha de caducidad ya ha pasado. ¡Seguro que estaba de oferta y compraron un montón!

Delphine – Esto es de locos...

Maurice – Desde luego...

Delphine – ¿Y si fuera una broma de cámara oculta? De esos programas en los que gastan bromas imposibles a gente famosa...

Maurice – Pero nosotros no somos famosos...

Delphine – Deberíamos comprobar si hay alguna cámara escondida. *(Empieza a buscar.)* O alguien oculto, mirándonos y riéndose de nosotros.

Mira hacia el público, intentando distinguir algo en la oscuridad, sin ver nada.

Maurice – Eso querría decir que Patrick y Brigitte son actores...

Delphine – ¿Y por qué no?

Maurice – Créeme, tengo motivos para pensar que no...

Llegan Patrick, en pijama, y Brigitte, en bata.

Delphine – Tienes razón... Ni los mejores actores podrían fingir tan bien ser unos turistas tan horteras.

Brigitte – ¿Qué tal habéis dormido?

Delphine – La verdad es que mal.

Brigitte anima discretamente a Patrick a decir algo.

Patrick – Perdonad lo de anoche. Me pasé un poco...

Brigitte – Mi marido tiene un pronto terrible...

Maurice – No pasa nada, de verdad.

Delphine – Tienes razón... Ni los mejores actores podrían representar con tanta naturalidad a unos turistas tan paletos.

Maurice – Yo también...

Brigitte – He hecho café. ¿Os esperamos para desayunar?

Maurice y Delphine sonríen ligeramente y salen.

Patrick – Han dejado aquí la maleta...

Brigitte – No han tenido mucho cuidado...

Pausa.

Patrick – Es una pena que solo ellos puedan aprovechar ese botín...

Brigitte – Ya ves...

Patrick – ¿Por qué no íbamos a tener derecho a nuestra parte?

Brigitte – A nosotros nos vendría mejor...

Patrick – Es como la lotería... El premio siempre le toca a quien menos lo necesita.

Brigitte – Los viejos, los ricos...

Patrick – O los que son tan pobres que no saben qué hacer con tanto dinero...

Brigitte – Y se lo gastan todo y acaban todavía más pobres.

Patrick – Yo sí sabría qué hacer con tanta pasta, te lo aseguro...

Brigitte – Pero esa maleta es suya...

Patrick – ¿Suya? ¡Ja! Les cayó del cielo. Si los que se hubieran encontrado con la maleta hubiéramos sido nosotros...

Brigitte – Eso es. ¡No hay un solo burro que se llame Martin!

Patrick – Seguro que hay una manera de...

Brigitte – ¿De qué?

Vuelven Maurice y Delphine.

Brigitte – ¿Un cafecito?

Maurice – Lo hemos pensado. Vamos a avisar a la policía y que ellos se encarguen. Será más seguro.

Patrick – Yo no lo haría...

Delphine – ¿Por qué?

Patrick – En países como este, ya sabéis...

Delphine – Hasta hace unas semanas, la policía torturaba a los opositores al régimen...

Patrick – Imaginaos que llega la policía y os encuentra aquí vestidos como talibanes, con una maleta llena de rublos. ¡Os tomarán por miembros de Al Qaeda!

Maurice – ¿Tú crees?

Patrick – Como poco podéis pasaros años en la cárcel antes de que alguien se ocupe de vuestro caso.

Brigitte – Y menudo caso... ¡Ni yo misma estoy segura de haber entendido toda la historia!

Delphine – ¡Habría que quemarlo todo! ¡Si es dinero sucio!

Patrick – ¿Y si esos tipos vienen a reclamar su dinero?

Delphine – De momento no ha venido nadie.

Patrick – A lo mejor esperan el momento adecuado.

Brigitte – ¿No estamos en pleno ramadán?

Maurice – Entonces, ¿qué hacemos?

Patrick – Esperar a que aparezca el dueño, quizá...

Maurice – ¿El dueño de la villa?

Patrick – ¡El dueño del dinero!

Brigitte – ¡La mafia chechena!

Maurice – Puede que tengas razón... ¿Tú qué opinas, Delphine?

Delphine – Sinceramente, ya no sé qué pensar.

Brigitte – Voy a hacer más café.

Patrick – No, déjame a mí...

Brigitte – ¿Seguro que sabrás hacerlo?

Patrick – Claro que sí. Tú estás de vacaciones. Descansa un poco, cariño...

Patrick sale. Los otros tres se quedan pensativos. Suena el móvil de Brigitte.

Brigitte – ¿Diga? Sí, ahora se la paso... *(A Delphine.)* Es para ti. Un hombre con acento belga...

Delphine – ¿Diga? *(Se le descompone el rostro.)* De acuerdo... No, no... Muy bien. Haremos lo que nos diga...

Le devuelve el móvil a Brigitte, pálida como la cera. Maurice y Brigitte la miran, esperando una explicación.

Delphine – Eran ellos...

Brigitte – ¿Ellos? ¿Quiénes?

Patrick regresa.

Patrick – Cariño, no encuentro los filtros del café... *(Ve sus caras.)* ¿Qué ha pasado?

Delphine – Un tipo con un acento raro. Dice que tiene nuestra maleta...

Maurice – ¿Y...?

Delphine – Propone un intercambio...

Brigitte – ¿Un intercambio de rehenes?

Delphine – ¡De maletas!

Patrick – ¿Cómo?

Delphine – Tenemos que dejar la maleta en la terraza, entrar en la casa y esperar a que el tipo venga a cambiarla por la nuestra.

Brigitte – ¿Una maleta falsa?

Delphine – La nuestra.

Maurice – Parece una mala película de espías...

Delphine – Ha insistido en que no haya testigos.

Maurice – ¿Y por qué ha llamado al móvil de Brigitte?

Brigitte – No es la primera vez que nos confunden. Otra vez será por la homofobia esa...

Patrick – Mejor hacer lo que dice. Esa gente no suele bromear...

Delphine – Sin testigos...

Brigitte – Y si aun así nos matan a todos, después de recuperar la maleta... ¡Todo por vuestra culpa!

Maurice – ¡Nosotros tampoco hemos pedido esto!

Brigitte – ¡Puede que nunca volvamos a ver La Courneuve!

Patrick – Tranquila, cariño. Si hacemos lo que piden, seguro que todo irá bien.

Brigitte se lanza a por la botella de vino.

Brigitte – Necesito beber algo para tranquilizarme.

Delphine se sirve también una copa.

Delphine – Yo también...

Oscuro.

Acto 4

En la penumbra aparece un hombre con chilaba y la capucha puesta. Se acerca con cuidado a recoger la maleta. Brigitte surge por detrás y lo deja inconsciente de un golpe con la sombrilla. El hombre se desploma. Vuelve la luz.

Brigitte – ¡Venid deprisa! ¡Ya lo tengo!

Llegan Maurice y Delphine. El hombre está inconsciente. Brigitte le quita la capucha.

Brigitte – ¡Patrick!

Delphine – ¿Lo ves? ¡Te lo dije! ¡Eran ellos!

Maurice – Entonces, ¿por qué lo habría golpeado su mujer?

Patrick vuelve en sí.

Patrick – Vale, lo confieso... Solo quería hacerme con el dinero...

Brigitte – ¡Pero por qué no me lo dijiste!

Patrick – Temía que no estuvieras de acuerdo...

Brigitte – Pero, Patou... ¡Espero no haberte hecho mucho daño!

Delphine – ¡El muy cabrón!

Brigitte – ¡Eh, cuidadito con lo que dices, zorra! ¡Estás hablando de mi marido!

Maurice – ¿Y qué habríamos hecho nosotros si el que llamó hubiera venido de verdad a recuperar su dinero?

Patrick – El de la llamada era yo.

Brigitte – Ah, vale...

Delphine – Se merecería que le dieras una buena paliza, ¿verdad, Maurice?

Patrick – Prueba, Momo, prueba.

Maurice – Somos gente civilizada, ¿no? Y estamos en un país que acaba de recuperar la democracia. No vamos a recurrir a la violencia...

Patrick – Muy bien, pero queremos nuestra parte del tesoro.

Delphine – ¿Qué parte?

Patrick – La mitad. O lo cuento todo. ¿Verdad, Momo?

Delphine – ¿Contarlo qué?

Maurice – Luego te lo explico, cariño... Bueno, vale, lo repartiremos a partes iguales.

Brigitte – Eso es. Como el cuscús.

Maurice abre la maleta y todos examinan los billetes.

Brigitte – Pero eso no es cirílico. ¡Es griego!

Patrick – ¡Son dracmas!

Delphine – ¿Y vosotros cómo lo sabéis?

Brigitte – ¿Nos tomas por analfabetos?

Patrick – Mis padres estuvieron en Grecia justo antes de la entrada del euro. Se trajeron algunos billetes. Me acuerdo perfectamente. ¡Mirad, hasta sale el Coliseo!

Delphine – Querrás decir el Partenón...

Brigitte – ¿Y qué hacen unos mafiosos rusos en el Magreb con una maleta de dracmas?

Patrick – A lo mejor los billetes son falsos.

Delphine – ¿Quién iba a falsificar dracmas décadas después de que los sustituyeran por el euro?

Maurice – ¡Vosotros tenéis una maleta llena de cuscús en lata caducado!

Delphine – Puede que todavía los cambien por euros.

Brigitte – No, por desgracia, dejaron de cambiarlos el 1 de marzo de 2012.

Maurice – ¿Estás segura?

Patrick – Mis padres se guardaron los billetes pensando que algún día volverían a Grecia. Cuando por fin quisieron cambiarlos, ya era tarde. Así que nos los dieron.

Brigitte – Durante años jugamos al Monopoly con esos billetes. ¡Por eso los conocemos tan bien!

Delphine – Con todo esto nos daría para comprar la calle más cara del Monopoly.

Maurice – ¡Y pensar que casi nos matamos!

Todos suspiran.

Brigitte – ¿Y todo esto para qué?

Patrick – Por un montón de billetes que ya no valen nada. *(Vuelve a llenar los vasos.)* ¡Venga, esta ronda corre de mi cuenta! Nos vendrá bien para reponernos del susto.

Brindan.

Brigitte – Como decía mi madre: el dinero no da la felicidad.

Delphine – Desde luego, los dracmas no. Menos todavía si ya no te los cambian...

Maurice – Está claro que nadie vendrá a reclamar este dinero.

Brigitte – Bien está lo que bien acaba.

Pausa.

Delphine – Voy a llamar al consulado por lo de nuestra maleta. A ver qué nos dicen.

Maurice – Nos harán documentos provisionales para volver a Francia.

Delphine – Y nos adelantarán algo de dinero.

Brigitte – Si no, os prestamos nosotros.

Patrick – Entre franceses, en el extranjero hay que echarse una mano. Toma, Momo, te prestaré algo de ropa. No puedes seguir con esas pintas... y yo tampoco.

Delphine sale a llamar por teléfono. Patrick y Maurice se van a cambiar.

Brigitte – Bueno, voy a ordenar un poco esto.

Brigitte busca una emisora en la radio.

Locutor – Crece la preocupación por una posible salida de Grecia de la zona euro. Esta mañana se ha convocado una reunión extraordinaria para...

Brigitte cambia de emisora y suena música norteafricana. Ordena un poco. Regresan Patrick y Maurice. Patrick lleva su ropa de antes; Maurice se ha puesto un conjunto parecido, de gusto bastante dudoso.

Brigitte – ¡Eh, os sienta muy bien!

Patrick – ¿Otro vasito de tinto?

Maurice – ¡Venga! *(Patrick sirve.)* Ahora solo nos falta decidir qué hacemos con la villa...

Patrick – Ahora que nos conocemos y nos caemos bien... ¿Por qué no pasamos juntos el resto de las vacaciones, Momo? Al fin y al cabo, somos amigos de la infancia.

Delphine regresa.

Delphine – Ya está. Les he dado nuestra dirección... *(Ve cómo va vestido Maurice.)* ¿Te has cambiado?

Brigitte – Sí, está muy bien, ¿a que sí? ¡Hasta parece más joven!

Maurice, algo achispado, parece haberse desinhibido por completo.

Maurice – Patrick y Brigitte nos han propuesto pasar juntos las vacaciones. ¿Qué te parece, cariño?

Delphine *(aparte)* – Escucha, Maurice... Seguro que tenemos mucho que aprender de la gente de Sarcelles, pero...

Maurice – La Courneuve.

Delphine – Bueno, viene a ser lo mismo, ¿no?

Maurice – ¡Que no es lo mismo, Delphine! ¡Sarcelles está en el 95 y La Courneuve en el 93! ¡Ni siquiera pertenecen al mismo departamento!

Delphine – ¿Y tú cómo lo sabes?

Maurice – ¡Fui al colegio Gagarine con Patrick! ¡Yo soy Momo, Delphine! ¡Y si no te gusta, te aguantas!

Delphine – ¿Qué? ¿Pero de qué estás hablando?

Brigitte – ¡Menuda salida del armario!

Maurice – Estoy harto de mentir. Desde que te conocí, he hecho lo imposible por parecerme al hombre que tú querías. Y al que querían tus padres. ¡Pero se acabó!

Delphine – ¡Pero tú estás delirando!

Maurice – ¡Hasta me cambié el nombre de pila por ti!

Delphine – ¿Cómo que no te llamas Maurice?

Maurice – Me llamo Mohamed. ¡Vine aquí para recuperar mis raíces! ¡Para reencontrarme con mis antepasados!

Delphine – Está borracho, eso es. ¡Pero, Maurice, si tus antepasados eran galos!

Maurice – ¡Llevo sangre beduina en las venas, Delphine! ¡Soy un hombre del desierto! ¡Un nómada! ¿Lo entiendes? ¡Ya no soporto los campos de golf!

Brigitte – Una cosa... ¿Cuál es la diferencia entre un beduino y un musulmán?

Delphine – No le hagáis caso, ya veis que no está en sus cabales.

Maurice – ¡En el fondo sé que nací para vivir en una tienda de campaña, entre las dunas! ¡No en un dúplex del distrito dieciséis de París!

Delphine – ¡Perfecto! Pues la próxima vez nos vamos de camping a las Landas y asunto arreglado.

Maurice – ¡Soy un tuareg, Delphine! ¡Y tú me has convertido en... un turista!

Brigitte, que también ha bebido bastante, intenta aliviar la tensión.

Brigitte – ¿Y si hacemos una barbacoa para comer?

Patrick – ¿No ves que no es el momento, cariño? A veces te falta un poco de tacto.

Brigitte – ¿De tacto? ¡Dime directamente que soy idiota y acabamos antes!

Patrick – Pero bueno, ¿qué te ha dado ahora, cariño?

Brigitte – ¡Y deja de llamarme «cariño»! ¡Si fueras un hombre de verdad, empezarías por hacerme un hijo!

Patrick se queda de piedra.

Maurice – Solo faltan las salchichas.

Delphine – ¿Cómo?

Maurice – ¡Para la barbacoa!

Delphine – Ni siquiera tenemos papel para encenderla.

Maurice *(perdiendo los estribos)* – ¡Tenemos los dracmas! ¡Los malditos dracmas! ¡No vamos a guardarlos para jugar al Monopoly!

Maurice rompe los billetes y los echa a la barbacoa.

Patrick – Tranquilos. También hemos traído merguez, las salchichas especiadas de aquí.

Oscuro.

Acto 5

Los cuatro vuelven de la piscina: Maurice, Delphine, Patrick y Brigitte.

Patrick – ¡Ah, esto sí que refresca!

Maurice – Sí, te despeja las ideas...

Delphine – Y también se te revuelve el estómago... Estas merguez estaban un poco grasientas, ¿no?

Maurice – Ni siquiera sabía que existían las merguez en conserva.

Delphine – Hay que reconocer que la piscina es magnífica.

Brigitte – Bueno, nosotras vamos a cambiarnos. ¿Vienes, Delphine? Te dejaré algo de ropa. Creo que sé perfectamente qué estilo te favorecería...

Las dos mujeres salen.

Patrick – Pero ¿cómo conseguiste ocultarle a tu mujer que eras musulmán, Momo? Por lo que he visto, sigues circuncidado, ¿no?

Maurice – Le dije que era judío no practicante... Y, para que resulte creíble, ayuno una vez al año por Yom Kipur.

Patrick – Ah, vaya...

Pausa.

Patrick – ¿Un digestivo?

Maurice – ¡Venga!

Patrick saca una botella de la nevera portátil y sirve dos copas. Brindan.

Maurice – ¡Excelente! ¿Qué es?

Patrick – Ouzo. Tenemos unas cuantas botellas en casa. ¿Ponemos música?

Patrick enciende la radio y busca una emisora que se oiga bien. Suena música árabe. Al cabo de un momento regresan Brigitte y Delphine. Delphine lleva ahora ropa de un estilo sexy y bastante vulgar, parecido al de Brigitte.

Patrick – ¡Eh, os queda de maravilla!

Delphine – ¿Tú crees? ¿Qué te parece, cariño?

Maurice parece un poco desconcertado. La música se interrumpe.

Locutor – Interrumpimos la música para darles una noticia de última hora. La decisión ha sorprendido a todos los analistas económicos. Grecia ha salido del euro y desde esta mañana el dracma vuelve a ser su moneda oficial. Les mantendremos informados de las consecuencias. Pero, si tienen unos dracmas olvidados en un cajón o en una maleta, ¡ha llegado el momento de sacarlos!

Maurice – ¡Y nosotros los hemos quemado para encender la barbacoa!

Locutor – Y ahora, música clásica, en este día de luto para Europa...

Todos miran la barbacoa, que todavía humea. Suena el móvil de Delphine. Maurice apaga la radio.

Delphine – ¿Diga? Sí... De acuerdo... Muy bien...

Guarda el móvil. Los demás esperan sus palabras con impaciencia.

Delphine – Vendrá alguien del consulado a traernos personalmente unos pasaportes provisionales...

Maurice – ¿Y...?

Delphine – Y a recoger la maleta Vuitton. Llevan toda la mañana buscándola...

Maurice – ¿El consulado?

Delphine – Es la maleta de un funcionario del Quai d'Orsay, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia. Está aquí de vacaciones.

Maurice – ¿Aquí? ¿No será porque las vacaciones estaban de oferta?

Delphine – Está alojado en el palacio del antiguo ministro de Justicia del dictador derrocado. Ha venido a apoyar su candidatura presidencial...

Patrick – ¿Con una maleta llena de dracmas?

Delphine – Después de todo, los griegos inventaron la democracia.

Maurice – ¡Pero fue Francia quien perfeccionó la financiación ilegal de las campañas electorales! Es uno de los encantos de la democracia francesa. ¿Han dicho algo más?

Delphine – Han insistido en que no abramos la maleta bajo ningún concepto. Es una Vuitton diplomática.

Se oye una sirena de policía a lo lejos.

Maurice – Creo que se nos viene encima un buen lío...

Patrick – ¡Y ni siquiera tenemos coche para salir pitando!

Maurice – A menos que montemos en aquellos camellos y nos perdamos en el desierto...

Delphine – Tú que querías despertar al tuareg que llevas dentro, ahora tienes ocasión.

Maurice – La última vez que monté en camello tenía ocho años. Fue en el Parc Astérix, un parque de atracciones cerca de París...

Patrick – Y yo en la Mer de Sable.

Suena el móvil de Brigitte. Contesta.

Brigitte – ¿Diga? ¿Sí? *(Tapa el micrófono con la mano.)* Es el dueño de la villa. Pregunta si estamos pasando unas buenas vacaciones. ¿Qué le digo?

La sirena de policía se oye ya muy cerca.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Junio de 2024

ISBN 978-2-38602-221-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.